

Presencia franciscana en la Taguzgalpa y la Tologalpa (la Mosquitia)

“Mucho trabajo en estas regiones y poco o ningún fruto”
— Francisco de Paula García Peláez

Las tierras conocidas por los nombres de la Taguzgalpa y Tologalpa no son fáciles de determinar, ya que los límites ofrecidos por los documentos de la época son a veces imprecisos. La zona comprendía una extensísima región que por el mar del Norte abarcaba desde el río Romano o Aguán, unas leguas al este de Trujillo, hasta la desembocadura del río San Juan o Desaguadero, en el actual límite entre Nicaragua y Costa Rica. Hacia el interior ocupaba, en la actual Honduras, todo el departamento de Gracias a Dios y la mayor parte de los de Olancho y Colón; en Nicaragua, integraba todas las tierras hacia el mar del Norte, partiendo de una línea imaginaria entre Jalapa, Jinotega, Muymuy, Lobaga y el río San Juan. Aproximadamente, abarcaba algo más de una tercera parte de la actual Honduras y más de la mitad de Nicaragua. Su extensión sería de unos 107,000 kilómetros cuadrados (Honduras tiene 112,088 kilómetros cuadrados y Nicaragua 130,000).

Para nuestro estudio consideramos a la Taguzgalpa como la región que cae dentro de los límites de Honduras, desde el río Aguán hasta el Coco o Segovia por el mar del Norte; por el oeste sigue la cuenca del río Aguán por el departamento de Olancho para después descender, desviándose ligeramente hacia el sudeste, hacia Jalapa y seguir el curso del río Coco. La Tologalpa, por otro lado, caía dentro de los límites de

Jesús María García Añoveros, de nacionalidad española y doctor en Historia de América por la Universidad Complutense de Madrid, es investigador destacado del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

la actual república de Nicaragua: por el mar del Norte se extendía desde el río Coco hasta el San Juan y por su parte meridional seguía la línea imaginaria de la que se ha hablado anteriormente. No obstante, en algunos documentos se utiliza el término Taguzgalpa comprendiendo también a la Tologalpa. A partir de la segunda mitad del siglo XVII, ambas regiones se van a conocer bajo el nombre genérico de la Mosquitia o costa de los Mosquitos, término que se va haciendo más común conforme pasan los años.

Eclesiásticamente, la Taguzgalpa pertenecía al obispado de Comayagua en Honduras y la Tologalpa al de León de Nicaragua. Hay una gran confusión en cuanto a la jurisdicción civil de dichos territorios. No parece evidente que la Mosquitia haya pertenecido a las gobernaciones de Honduras y Nicaragua, aunque de estas gobernaciones y particularmente de la Capitanía General de Guatemala, a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, se ejercieron funciones militares. Desde un principio, este territorio se adjudicó al ducado de Veragua, e incluso en 1803 por espacio de unos años, perteneció al virreinato de Nueva Granada.

LA POBLACION INDIGENA

Fuera de algunos casos, como los de los zambos, mosquitos, jicaques y payas, sobre los que los informes son más abundantes, hay gran escasez de datos sobre los otros grupos que habitaban la zona. En ocasiones, sólo se enumeran grupos e incluso la confusión en los nombres no es infrecuente.¹ Tampoco abundan los estudios antropológicos serios realizados en la región, lo que dificulta su conocimiento.

¹ Véanse: Ernesto Alvarado García, *Los forjadores de la Honduras colonial* (Tegucigalpa: Sociedad de Geografía e Historia de Honduras, 1938), pp. 29 y 42-45; Francisco de Paula García Peláez, *Memorias para la historia del antiguo Reino de Guatemala*, 3 tomos (Guatemala: Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala, 1968, 1972 y 1973, Biblioteca "Goathemala"), III: 164; y fray Francisco Vázquez, *Crónica de la Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Guatemala*, 4 tomos (Guatemala: Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala, 1937-1944, Biblioteca "Goathemala"), IV: 79.

Los grupos jicaques y payas y, en general, los indígenas del interior, pertenecían al núcleo cultural chibcha, de influencia sudamericana, y estaban un poco más desarrollados que los indígenas mosquitos y los zambos de la costa de la Mosquitia, vinculados, a su vez, al núcleo caribe-arawako de los indígenas antillanos.² Hay que señalar que el istmo centroamericano es una región fronteriza de culturas antillanas, chibchas de Sudamérica, mayas mesoamericanos y nahuas del vecino México. A finales del siglo XVII, zambos, payas, jicaques y otros grupos de la zona comienzan a llamarse con el nombre genérico de moscos, mosquitos y caribes. Por lo que respecta a este trabajo, el término mosquitos se utilizará para referirse a los indígenas más cercanos a la costa.

Son muy difíciles de precisar los datos poblacionales. Las escasas cifras que poseemos son siempre fragmentarias, aproximativas y no suelen coincidir. Se comprende la imposibilidad de realizar un censo fiable, teniendo en cuenta que la región jamás estuvo sometida a España y los grupos vivían muy dispersos en una gran extensión de terreno. Alrededor de 1623, Vázquez de Espinosa dice que eran 300,000 almas las que poblaban la Mosquitia, cifra totalmente desproporcionada y falsa.³ Siendo realistas, la población total no superó los 40,000 habitantes, de los cuales 14,000 eran jicaques, 12,000 payas, 10,000 zambos, 4,000 mosquitos y otros grupos que hay que incluir en las cifras anteriores. A este número habría que añadir unos 400 ingleses que vivían en sus asentamientos de la costa de los Mosquitos. Estos datos están referidos a la población de finales del siglo XVIII.⁴ Los indígenas mosquitos y

² Luis Mariñas Otero, *Honduras* (Tegucigalpa: Editorial Universitaria, 1983), pág. 174.

³ Antonio Vázquez de Espinosa, *Compendio y descripción de las Indias Occidentales* (Madrid: Biblioteca de Autores Españoles, tomo CCXXXI, 1969), pág. 168.

⁴ Véanse: AGI, Guatemala 501, "Visita general de la provincia de Honduras en el Reyno de Guatemala por su gobernador intendente don Ramón de Anguiano" (1804); "Relación del reconocimiento geométrico y político de la costa de Mosquito desde el establecimiento del cabo de Gracias a Dios hasta el de Blewfields [Bluefields] ... (año 1790)", en Manuel Serrano y Sanz, comp., *Relaciones históricas y geográficas*

zambos, aunque unidos, forman dos estados o naciones distintas.⁵ Los indígenas jicaques y payas son los más numerosos de la zona, aunque hay que advertir que más bien son nombres genéricos que integran otros grupos. Estos indígenas ocupaban la región que se extiende desde el río Aguán o Romano hasta el río Coco o Segovia en Honduras, extendiéndose principalmente por los actuales departamentos de Gracias a Dios, Olancho y parte del de Colón.⁶ Con más precisión el gobernador Anguiano, en su excelente informe de 1804, nos dirá que los jicaques ocupan en Yoro las montañas de Leán y Mulía entre los ríos Cuero y Ulúa y que los payas habitaban en las montañas desde el cabo Gracias a Dios hacia el interior del partido de Olancho.⁷ Hay que tener en cuenta que son grupos que se movilizan mucho en una gran extensión de terreno y, por tanto, su localización siempre es parcial y temporal. Otros grupos que vivían en la Taguzgalpa eran los indígenas yaras, lencas, taguarcas y pacacas al oeste de Olancho; los taraguascas y toacas en las márgenes del río Patuca; ulúas, tamblas, tahuacas, paras, taupanés y mexicanos en la confluencia de los ríos Guayape y Guyambre; y los albatuinas y guabas cerca de la laguna de Caratasca.⁸

de América Central (Madrid: V. Suárez, 1908, Colección de libros y documentos referentes a la historia de América, XVIII); AGI, Guatemala 450, "Josef Estébez Sierra, Itinerario y navegación que practiqué de orden del M. Y. S. Presidente don Martín de Maiorga en la costa del Norte para el reconocimiento de extranjeros y noticias conducentes al Real Servicio" (1776); José Dolores Gámez, *Historia de Nicaragua desde los tiempos prehistóricos hasta 1860 en sus relaciones con España, México y Centro-América* (Managua: Tipografía de "El País", 1889), pág. 287; y García Peláez, *Memorias para la historia del antiguo Reino*, III: 36, 137 y 162-164.

⁵ "Josef Estébez Sierra, Itinerario y navegación..." (1776); y García Peláez, *Memorias para la historia del antiguo Reino*, III: 137.

⁶ Ephraim G. Squier, *Honduras* (Tegucigalpa: Tipografía Nacional, 1908), pp. 231-235.

⁷ AGI, Guatemala 501, "Visita general de la provincia de Honduras en el Reyno de Guatemala por su gobernador intendente don Ramón de Anguiano" (1804).

⁸ Véanse: Alvarado García, *Los forjadores de la Honduras colonial*, pp. 29 y 42-45; "Razón del estado en que se hallan las relaciones de indios infieles ... del obispado de Nicaragua...", en Serrano y Sanz, *Relaciones*

Estos grupos indígenas llevaban una vida seminómada y su alimentación principal provenía de la caza y la pesca. Sembraban maíz, cuyas mazorcas tiernas consumían inmediatamente. Se asentaban apenas tres meses en el lugar de la siembra, por lo que se tropezaban con serias dificultades para su reducción.⁹ Conforme van pasando los años aumentan su comercio con los ingleses de la Costa y con los españoles de las vecinas gobernaciones. Hacen de intermediarios entre ingleses y españoles provocando un floreciente contrabando. Zarparrilla, cacao, pimienta, maderas, oro, plata, ganado y añil son algunos de los productos que comercian con ingleses y españoles a cambio de hachas, machetes, abalorios, pólvora, fusiles y otros objetos. Por su mediación los textiles ingleses entran de contrabando en Nicaragua y Honduras. El comercio es pacífico, incluso con la anuencia de autoridades españolas, y a finales del siglo XVIII algunos se ofrecen como jornaleros en haciendas de españoles.¹⁰

La organización social siempre va de acuerdo en gran medida al régimen seminómada en que viven los pueblos. Aunque la documentación es escasa al respecto, sabemos que obedecían a sus caciques y los diversos grupos vivían en habituales enfrentamientos, incluso con robos de mujeres y niños, algunos de los cuales sacrificaban. Económicamente no había excedentes de producción.

En el interior de la región y en las cercanías del río Segovia habitaban, entre otros, los pantasma, xarúas, huabas, taos, gualas, alaucas, saraguascas y aguacalcas.¹¹ También había jicaques y payas. Su organización, costumbres y sistema de vida es similar al de los otros grupos de la Taguzgalpa. En la costa norte de la Tologalpa, desde el cabo Gracias a Dios

históricas, pp. 379-380; García Peláez, *Memorias para la historia del antiguo Reino*, I: 250-255, II: 127 y III: 40-41, 58, 120 y 164; y Vázquez, *Crónica*, IV: 105-110.

⁹ Vázquez, *Crónica*, IV: 113-115.

¹⁰ *Colección de documentos para la historia de Costa Rica*, X: 258-265; García Peláez, *Memorias para la historia del antiguo Reino*, III: 56-58; Squier, *Honduras*, pp. 233-234; y Vázquez, *Crónica*, IV: 108-109.

¹¹ Alvarado García, *Los forjadores de la Honduras colonial*, pp. 42-45.

hasta el río San Juan, vivían una serie de grupos sobre los que poseemos pocas noticias. Son los indígenas mosquitos, que hoy se llaman también misquitos o miskitos, sumos y ramas.

Un grupo que desde finales del siglo XVIII adquiere una gran importancia, es el de los zambos. Aunque hay diferentes versiones acerca de su origen, fundamentalmente se debió al naufragio de un barco con negros esclavos en las islas Cayos Mosquitos, no lejos del cabo de Gracias a Dios, entre los años 1641 y 1652. Estos negros se unieron a grupos de indígenas costeros, dando origen a un tipo racial mezcla de indígena y negro que llamamos zambos. El grupo pronto conectó con los ingleses, que habían invadido Jamaica en 1655, y de manera especial con los ingleses que se habían asentado a lo largo de la costa de la Mosquitia.¹² Los zambos, apoyados por los ingleses, pronto se convirtieron en la etnia dominante de la región logrando, mediante el temor que infundían y también por las utilidades económicas que reportaba el contrabando, convertir en aliadas y subordinadas a las etnias indígenas que habitaban la Mosquitia.¹³

Comerciaban el hule, carey y palo de tinta con los ingleses, de quienes obtenían machetes y fusiles. Pero su comercio principal sería el contrabando, al introducir a gran escala tejidos y otros objetos que adquirirían de los ingleses de Jamaica, en Honduras y Yucatán. Se dedicaban a trasvasar hacia Jamaica por el contrabando, la plata del Reino de Guatemala, ganado, cacao, añil, tabaco y esclavos indígenas que apresaban en sus frecuentes entradas a las tierras del interior de Nicaragua y Costa Rica. Una buena parte de los productos con que traficaban eran fruto de la rapiña y el robo.¹⁴ Los informes de Antonio del Castillo de 1724 y especialmente el de

¹² Sofonías Salvatierra, *Contribución a la historia de Centroamérica*, 2 tomos (Managua: Tipografía El Progreso, 1939), I: 410; y Squier, *Honduras*, pág. 241.

¹³ García Peláez, *Memorias para la historia del antiguo Reino*, III: 120.

¹⁴ García Peláez, *Memorias para la historia del antiguo Reino*, III: 163-166.

Estébez Sierra de 1776, describen con detalle la extensa red de contrabando existente.¹⁵

La organización social de los zambos era muy simple. No tenían pueblos formados y vivían aislados en grupos de cuatro a seis casas. Al igual que los mosquitos, eran pobres y perezosos, no producían excedentes, se beneficiaban muy poco del contrabando del que eran intermediarios y no mostraban interés alguno por la plata y la moneda, sino por las armas que apreciaban mucho y algunos objetos de poca utilidad. Llegaron a gozar de un cierto protectorado por parte de los ingleses y el gobernador de Jamaica solía confirmar al principal de los mosquitos y zambos que hacía de rey. Los caciques lo eran por herencia, ejerciendo un gobierno despótico que obligaba a sus súbditos a entregarles parte de sus rapiñas. Adquirieron ciertas costumbres de influencia inglesa, especialmente en el vestido. La religiosidad era muy simple, sin ídolos y apenas creencia en la divinidad, aunque creían en poderes sobrenaturales, cuyos intermediarios eran los "suquíes", que ejercían una mezcla de hechicería y medicina. La poligamia era frecuente en los caciques.¹⁶

INTENTOS DE CONQUISTA

Durante el siglo XVI y a partir de la segunda mitad del siglo XVIII hay diversos intentos, por parte de las autoridades españolas, de conquistar la Tologalpa y Taguzgalpa. No obstante, cuando en 1821 se proclama la Independencia del Reino de Guatemala, la casi totalidad del territorio seguía independiente.

En 1508 se otorga a Diego de Nicuesa la Gobernación de la Veragua, desde el golfo de Urabá hasta el cabo de Gracias a Dios y, años más tarde, en 1534, la concesión para la conquista y poblamiento se hace a favor de Felipe Gutiérrez,

¹⁵ García Peláez, *Memorias para la historia del antiguo Reino*, II: 122-126.

¹⁶ "Josef Estébez Sierra, Itinerario y navegación...", (1776); García Peláez, *Memorias para la historia del antiguo Reino*, II: 126; y Salvatierra, *Contribución a la historia de Centroamérica*, I: 492-496.

quien abandonó el proyecto.¹⁷ En 1545, el presidente de la Audiencia de los Confines, Alonso de Maldonado, informa al rey de que la Taguzgalpa seguía sin reducir, lo cual suponía un peligro para los españoles que vivían en las cercanías.¹⁸ Una real cédula de 1562 otorga al gobernador de Honduras, Alonso Ortiz de Elgueta, la conquista y población de la Taguzgalpa y el cabo Camarón. Elgueta envió al piloto Andrés Martín, quien recorrió la costa desde Trujillo al desaguadero del río San Juan. Fundó a orillas de la laguna Caratasca la ciudad de Elgueta, que pronto hubo que trasladar hacia el interior y acabó desapareciendo.¹⁹ En esta época Juan Dávila realizó a sus propias expensas algunas entradas a la Tologalpa, sin resultados.²⁰ Posteriormente, en 1577 la Audiencia de Guatemala autorizó a Diego López la reducción de la Taguzgalpa, sin éxito.²¹ Luego, en 1584, el gobernador de Honduras, Rodrigo Ponce de León, exploró la costa durante dos años, pero no logró hacer reducción alguna.²² En 1594, la Corona pide a la Audiencia de Guatemala que informe sobre la región, pues hay noticias de que sucesivos ofrecimientos de conquista no se habían realizado por desconocimiento de la zona. En esa misma fecha se le concede un asiento de conquista al capitán Diego de Espinosa, quien acaba siendo condenado por las muchas crueldades que cometió con los indígenas.²³

¹⁷ José Sansón-Terán, *El arbitraje internacional y la controversia de límites entre Nicaragua y Honduras* (Barcelona: Editorial Hispano Europea, 1959), pp. 85-86.

¹⁸ Mariñas Otero, *Honduras*, pág. 221.

¹⁹ José Reina Valenzuela, *Comayagua Antañona, 1537-1821* (Tegucigalpa: Biblioteca de la Academia Hondureña de Geografía e historia, sin fecha), pág. 41.

²⁰ *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de América y Oceanía, sacados de los archivos del reino y muy especialmente del de Indias*, 42 tomos (Madrid: Ministerio de Ultramar, 1864-1884), XVI: 323-341.

²¹ Mariñas Otero, *Honduras*, pág. 221.

²² Reina Valenzuela, *Comayagua Antañona*, pp. 41-42.

²³ Salvatierra, *Contribución a la historia de Centroamérica*, I: 402; y

Durante el siglo XVII y primera mitad del XVIII los intentos de conquista quedan prácticamente congelados. Alrededor de 1600, el Adelantado de Costa Rica, Gonzalo Vázquez de Coronado, había entrado en la Taguzgalpa sojuzgando a los indígenas mexicanos y solicitando el envío de religiosos.²⁴ En la segunda mitad del siglo XVIII presenciamos un auge en expediciones y viajes a la Mosquitia, debido fundamentalmente al peligro que suponían los asentamientos ingleses en la zona, la sumisión de los zambos y mosquitos a los ingleses (en 1720 se había celebrado un convenio entre el gobernador de Jamaica y el rey mosquito Jeremías y en 1740 habían hecho cesión de su soberanía zambos y mosquitos a Inglaterra²⁵), el fuerte contrabando que se realizaba con Honduras y Nicaragua, así como las continuas depredaciones y asaltos de mosquitos y zambos en las zonas fronterizas a las gobernaciones.

En 1770, el gobernador de Honduras, Antonio Ferrandis, se interna en la Mosquitia, pero sin resultados.²⁶ En los años 1776-1777 se suscriben pactos de paz entre los gobernantes de Costa Rica y los zambos y mosquitos para frenar las devastadoras entradas de éstos en Matina.²⁷ A partir de 1797, las autoridades españolas entran en contacto con mosquitos y zambos, a quienes anualmente se les otorgaban regalos para obtener su sumisión, pero sin resultados positivos.²⁸ En 1782, el Capitán General de Guatemala, don Matías de Gálvez, logra expulsar a los ingleses de las islas de Roatán y la Guanaja — frente a las costas de Honduras— y de todos los asentamientos que ocupaban entre Trujillo y el río San Juan, pero por falta de continuidad y de asentamientos españoles, al poco tiempo

Vázquez, *Crónica*, IV: 79.

²⁴ Vázquez, *Crónica*, IV: 105-106.

²⁵ Luis Pasos Argüello, *Enclave colonialista de Nicaragua y Colombia* (Managua: Editorial Unión, 1978), pág. 39.

²⁶ Reina Valenzuela, *Comayagua Antañona*, pág. 113.

²⁷ Salvatierra, *Contribución a la historia de Centroamérica*, I: 455-456.

²⁸ León Fernández, comp., *Colección de documentos para la historia de Costa Rica*, 10 tomos (San José: Academia Costarricense de la Historia, 1881-1907), IX: 160-175.

vuelven los ingleses y, en todo caso, estas expulsiones no suponían la conquista de la Mosquitia.²⁹

El Tratado de Versalles de 1783 obligaba a los ingleses al abandono de sus asentamientos. Pero en 1784, los asentamientos ingleses seguían como antes y se contabilizaban 25 establecimientos de los ingleses entre el Escudo de Veragua y Honduras.³⁰ En 1786, como efecto del Convenio de Londres, salen los ingleses de sus asentamientos y se fijan fuerzas militares españolas en algunos puntos de la costa.³¹ En 1787 fracasa una operación de colonias de familias españolas en algunos de los lugares ocupados por los ingleses.³² En 1790 todavía seguían grupos de ingleses y otros aventureros en asentamientos de la costa y los zambos y mosquitos sin someterse, a pesar de que en 1787 el rey mosquito, don Jorge, había acudido a Guatemala a entrevistarse con las autoridades españolas, se habían intercambiado regalos y se enviaron emisarios al rey de los zambos para iniciar negociaciones de paz.³³ De esta época poseemos valiosos informes de la Mosquitia, fruto de algunos viajes de inspección y explotación que se hicieron: el viaje de Estévez Sierra en 1776, las expediciones de Juan Antonio Castelu en el mismo año y las de Francisco Xavier Vargas en 1777, patrocinadas por el virrey de Nueva Granada, que partieron de Cartagena de Indias,³⁴ el viaje del ingeniero don Antonio Porta Costas en 1790³⁵ y el informe realizado entre 1791 y 1804 de las varias noticias del río San Juan y de los

²⁹ García Peláez, *Memorias para la historia del antiguo Reino*, III: 95-100; y Mariñas Otero, *Honduras*, pág. 33.

³⁰ Ricardo Beltrán y Rozpide, *La Mosquitia (América Central)* (Madrid: Imprenta de Huérfanos de Administración Militar, 1910); y Salvatierra, *Contribución a la historia de Centroamérica*, I: 481-482.

³¹ Salvatierra, *Contribución a la historia de Centroamérica*, I: 481-482.

³² Mariñas Otero, *Honduras*, pp. 33-34.

³³ Serrano y Sanz, *Relaciones históricas*.

³⁴ Salvatierra, *Contribución a la historia de Centroamérica*, I: 460-468.

³⁵ "Relación ... de la costa de Mosquito" (1790).

Mosquitos.³⁶

Durante el siglo XIX, hasta 1821 en que se proclama la Independencia centroamericana, siguen los zambos y mosquitos atacando zonas fronterizas, aprovechando los tristes sucesos que se desenvuelven en España, y llegan a amenazar nada menos que a Trujillo y a Yoro.³⁷

ENTRADAS Y REDUCCIONES EN LA TAGUZGALPA

En la década de los 1540 comienzan a fundarse en el Reino de Guatemala los primeros conventos de los evangelizadores de la región: franciscanos, dominicos y mercedarios. Desde la conquista del Reino por Alvarado en 1524 hasta esa fecha, clérigos y religiosos se habían encargado de cubrir las primeras necesidades espirituales de conquistadores y pobladores. Bajo el gobierno del obispo don Francisco Marroquín, dominicos, franciscanos y mercedarios se iban repartiendo zonas de influencia y extendiendo por todo el Reino. Los dominicos acabaron concentrándose en Guatemala y Chiapa, donde levantaron grandes centros misionales; los mercedarios, con menos efectivos, fundaron conventos en Chiapa, Guatemala, Honduras, El Salvador y Nicaragua; mientras que los franciscanos se extendieron por todas las gobernaciones del Reino, siendo los más numerosos.

En los años 1528 y 1529 ya estuvo el célebre fray Toribio de Motolinia recorriendo las tierras centroamericanas, pero hubo que esperar hasta 1540 para que se fundara el primer convento en Guatemala. El crecimiento fue muy rápido y, en 1566, ya contaba Guatemala con la provincia franciscana del Santísimo Nombre de Jesús. En 1574 aparecen los primeros conventos franciscanos en Honduras, siendo el primero el de San Antonio, que después se llamó San Francisco, en Comayagua, capital y obispado de la Gobernación de Honduras. En el mismo año nace la Custodia de Santa Catarina Mártir de

³⁶ "Varias noticias del río San Juan, islas adyacentes de la costa de los Mosquitos, provincias y partidos que tiene el Reyno de Guatemala" (años 1791-1804), en Serrano y Sanz, *Relaciones históricas*, pp. 257-286.

³⁷ Salvatierra, *Contribución a la historia de Centroamérica*, I: 537.

Honduras y en 1582 se funda el convento de San Francisco de Trujillo, al que van sucediendo nuevas fundaciones. En Honduras se alternan conventos de mercedarios y franciscanos, aunque el principal peso de la evangelización recae sobre los segundos. A su cargo van a estar las reducciones en la Taguzgalpa.

En 1701, el infatigable fray Antonio Margil funda en Guatemala el Colegio de Cristo Crucificado de Misioneros Apostólicos de Propaganda Fide, un eslabón importante de la cadena de colegios de este tipo que levantan los franciscanos a lo largo de América, cuya finalidad era revitalizar la evangelización un tanto apagada durante el siglo XVII. Los franciscanos recolectos del colegio tomarán a su cargo la tarea de las reducciones en las regiones más apartadas y difíciles del Reino de Guatemala y que no habían podido ser conquistadas por los españoles: la Taguzgalpa en Honduras, la Tologalpa en Nicaragua y la Talamanca en Costa Rica.

SIGLO XVII. Durante este siglo se contabilizan tres importantes entradas llevadas a cabo por franciscanos. Las dos primeras concluyen en fracaso, mientras que la tercera obtiene un moderado resultado y logra una cierta continuación durante el siglo XVIII.

El fray Esteban Verdelete había nacido en Denia (Valencia) en el año 1579. En 1593 se enrola en la expedición de franciscanos de fray Pedro de Arboleda y ese mismo año ya se encuentra en el Convento de Guatemala como lector y predicador. En 1603 es nombrado guardián del convento de San Antonio de Comayagua. Hacia 1604, acompañado del también valenciano fray Juan de Monteagudo, realiza una entrada a la Taguzgalpa, sin fruto alguno, pues los guías indígenas los engañaron y estuvieron a punto de perecer. Regresa Verdelete a Guatemala y parte a España para participar en el capítulo general que la orden tenía en Toledo. En 1608 ya está de vuelta en Guatemala, esta vez acompañado de 28 religiosos y con una real cédula a su favor para entrar a la Taguzgalpa. De regreso a Comayagua, prepara una nueva entrada que, en esta ocasión, realiza en enero de 1610, acompañado por su inseparable Monteagudo, fray Andrés de Marcuellos (vicario del conven-

Pr

to)

cañ

te

la r

len

a d

sias

con

aus

retc

zo a

atac

que

en b

dier

las r

1611

do d

en d

dos :

gres:

lo de

todo

un p:

man:

nado

medi

teagu

diero

tuvo

las re

38 v

39 v

40 v

forjado

to), el cura de Comayagua —licenciado Juan de Vaide— y el capitán Daza, conocedor de la zona, con tres españoles más.³⁸

Entraron por el río Guayape, cerca de Guampao, al sureste del actual departamento de Olancho y se encontraron con la nación de indígenas mejicanos, a los que pronto se unieron lencas y taguacas (ambos eran jicaques). Lograron bautizar a doscientas personas y levantaron tres pueblos con sus iglesias para cada una de las etnias. Muy pronto los jicaques comenzaron a atemorizar a los mejicanos y, aprovechando la ausencia de dos de los españoles y del padre Vaide que habían retornado a Comayagua, los lencas y taguacas dieron comienzo a un abandono progresivo de las reducciones y, una noche, atacaron a los mejicanos, a los que se llevaron como esclavos y quemaron iglesias. Los franciscanos se adentraron en la selva en busca de los huidos, pero, no encontrando a ninguno, decidieron volver a Comayagua. Apenas seis meses habían durado las nuevas reducciones.³⁹

Verdelete pide ayuda a la Audiencia de Guatemala. En 1611, acompañado de Monteagudo y del capitán Daza al mando de 25 soldados, realiza una nueva entrada a la misma región en donde se habían levantado las anteriores reducciones. A los dos meses, lograron que los lencas y algunos de los huidos regresaran a las reducciones. De nuevo comenzaron a levantar lo destruido, pero un desgraciado suceso acabaría estropeando todo lo realizado. Dos soldados de Daza dieron muerte cruel a un principal taguaca, quien les había ofendido, clavándole una mano con una herradura a un árbol, en donde murió abandonado. Enterados los lencas y taguacas, decidieron vengarse y, mediante una estratagema, sorprendieron a Verdelete y Monteagudo y a varios soldados con el capitán Daza, a quienes dieron muerte el 16 de enero de 1612. Este suceso violento tuvo como consecuencia el abandono, durante varios años, de las reducciones en esta zona de la Taguzgalpa.⁴⁰

³⁸ Vázquez, *Crónica*, IV: 98-108.

³⁹ Vázquez, *Crónica*, IV: 109-115.

⁴⁰ Véanse: Vázquez, *Crónica*, IV: 115-125; y Alvarado García, *Los forjadores de la Honduras colonial*, pp. 29-33.

El fraile Cristóbal Martínez de la Puerta, andaluz de nacimiento, recibió el hábito franciscano en Guatemala en 1602. Tenía fama de hombre austero y muy sacrificado. Tuvo que vencer muchos obstáculos para poder entrar en la Taguzgalpa. Durante los años de 1616 y 1618 logró embarcarse en Trujillo rumbo a la costa de la Mosquitia, pero los navíos no pudieron tocar tierra por causa de los temporales. En 1619, acompañado por el lego fray Juan de Vaena, también andaluz, llegó por tercera vez a Trujillo. Tuvieron que esperar hasta febrero de 1622 en que el gobernador de Honduras, Juan de Miranda, puso una fragata a su disposición que les dejó, acompañados de cuatro indígenas de la isla de Roatán, en unas playas cerca del cabo de Gracias a Dios en un territorio inhóspito y desconocido. Hicieron contacto con indígenas payas y comenzaron las reducciones y la evangelización. Vaena salió en dirección a Trujillo para informar de las reducciones y pedir más refuerzos y en enero de 1623 estaba ya de vuelta, logrando traer consigo a fray Benito Martín, también andaluz. Al llegar a la misión se encontraron con que fray Cristóbal, quien había permanecido solo en este tiempo, había bautizado a más de 700 adultos y muchos párvulos y había logrado fundar siete pueblos cerca del río Xarúa con indígenas lencas: Azocegua, Yaxamahá, Borobortabahoa, Zuyy, Barcaquer, Guampún y Xarúa.⁴¹

Pero las reducciones comenzaron a fallar, ya que los indígenas no eran constantes y se marchaban a los montes continuamente, de tal manera que había días en que no quedaba ninguno en las reducciones. Cansados los frailes y viendo que la misión no prosperaba, se trasladaron treinta leguas más arriba del cabo de Gracias a Dios, aprovechando la arribada de una fragata con bastimentos enviada por el gobernador de Honduras. Llegaron a la laguna de Cartago (o Caratasca), en donde encontraron a los guabas, quienes andaban temerosos de recibirles por miedo a los jicaques cercanos. Los guabas eran un reducido grupo de mestizos, fruto del cruce de unos españoles que habían naufragado en el lugar a finales del siglo XVI con indígenas. Lograron bautizarlos y después se dirigieron tierra adentro, en el actual departamento de Gracias a

⁴¹ Vázquez, *Crónica*, IV: 127-165.

Dios, en busca de indígenas jicaques, de los que bautizaron a más de cinco mil.⁴²

Cerca de estos indígenas habitaba, a orillas del río Guampún, la etnia de los albatuinas, enemigos de los bautizados. Engañosamente pidieron a los franciscanos que acudieran a bautizarlos y les dieron horrible muerte, empalando a fray Cristóbal. Su muerte debió ocurrir en septiembre de 1623. Enterado el gobernador, armó dos fragatas para castigar a los indígenas, pero lo único que pudo hacer fue rescatar los restos de los franciscanos que llevó a Trujillo. El resultado final fue el abandono de las reducciones.⁴³

Desde 1623 ya no se volvieron a hacer entradas en la Taguzgalpa, aunque hubo algunos intentos por parte de los franciscanos del convento de Trujillo.⁴⁴ Hacia 1661, los indígenas payas comenzaron a saquear poblados cristianos del valle de Agalta, mientras que los jicaques lo hacían en Xamaltrán y Olancho. Don Bartolomé de Escoto, vecino de Olancho que poseía tierra por esos lugares, hizo algunas incursiones en territorio indígena y logró reducir algunos, fundando el poblado de Santa María. Pidió clérigos a Comayagua para su evangelización y, al no ser atendida su demanda, marchó con tres jicaques a Guatemala en búsqueda de ayuda. Se encontró en el convento franciscano de Almolonga con fray Fernando de Espino, ya de edad avanzada, que entendía la lengua lenca. El 16 de mayo salió Espino con fray Pedro de Ovalle, decididos a entrar en la Taguzgalpa.

En Santa María se encontraron con que veinte indígenas habitaban el pueblo. Sacó nativos de este pueblo para fundar la reducción de San Buenaventura, lo que le causó serios enfrentamientos con Escoto. Los franciscanos, en compañía de un viejo soldado español, se adentraron en Los Encuentros, lugar donde se juntan los ríos Guayambre y Guayape, logrando conectar con algunos indígenas. El padre Espino, en su relación, nos proporciona datos muy interesantes acerca de

⁴² Vázquez, *Crónica*, IV: 165-167.

⁴³ Vázquez, *Crónica*, IV: 168-186; y Alvarado García, *Los forjadores de la Honduras colonial*, pp. 33-36.

⁴⁴ Vázquez, *Crónica*, IV: 186-187.

las costumbres y modo de vida de los indígenas. Volvieron a San Buenaventura, en cuyo lugar Espino compuso un "arte de aquél idioma" y escribió en lengua la doctrina cristiana. En 1669 regresó a Guatemala. Quedaron en las reducciones los franciscanos Ovalle y Berzián y posteriormente se les unieron otros franciscanos, con lo que las reducciones y los bautizos fueron aumentando, consolidándose la nueva cristiandad.

Poco a poco fueron en aumento las reducciones de los jicaques y en 1675 se contabilizaban las de Santa María, con 58 bautizados; San Buenaventura, San Pedro Apóstol y San Francisco, con 166 almas; San Pedro de Alcántara y San Sebastián, con 127 personas; y San Felipe de Jesús, con 37 bautizados. Ya eran, en total, 600 los indígenas reducidos; en 1679, ya pasaban de un millar. En 1685 se abandonaron las antiguas reducciones, con la finalidad de formar tres pueblos con 800 indígenas en la boca de las montañas. El resultado fue desastroso, ya que los pueblos desaparecieron en poco tiempo a causa de las entradas de indígenas insumisos que mataron a muchos cristianos. Los franciscanos eran partidarios de sacar a los indígenas de sus lugares y trasladarlos a zonas seguras del interior pobladas por ladinos, pues, de lo contrario, presionados por los indígenas insumisos vecinos, acababan huyendo y apostatando. Algunos españoles opinaban —entre ellos algunas autoridades de Honduras— que a los indígenas había que reducirlos en sus mismas montañas.

Los franciscanos no cejaron en sus esfuerzos, no obstante las muchas dificultades a las que se enfrentaban, debido principalmente a la inconstancia de los indígenas y a los continuos enfrentamientos entre las diversas etnias. En 1684 los taguacas mataron a bastantes lencas que vivían en lugares reducidos, robando a sus mujeres y niños. Los pueblos reducidos estaban en la zona del Guayambre y Guayape, en el actual departamento de Olancho, y en 1690 eran nueve los pueblos reducidos. Entre 1667 y 1690, seis mil indígenas bautizados habían fallecido.⁴⁵

⁴⁵ Véanse: Vázquez, *Crónica*, IV: 186-202; Alvarado García, *Los forjadores de la Honduras colonial*, pp. 36-42; "Relación verdadera de la reducción de los inieles de la provincia de la Taguisgalpa"; y "Razón del

Pre

SIG

siglo

franc

Gua

con

los

desp

paca

su n

cias

arbit

había

ritmo

cas e

mita

posib

sigan

son s

propi

dienc

de un

el est

indíge

en el

de 178

era ne

A

nio Li

mayor

estado e

46 Ge

32-34.

47 Ga

y III: 58

48 Ga

49 Co

227.

SIGLO XVIII. La variación más importante durante este siglo y el siguiente es la aparición en la Taguzgalpa de los franciscanos recoletos del Colegio de Propaganda Fide de Guatemala. Ya en 1696 el recoleto fray Melchor López con otro compañero acude en ayuda de las misiones que los franciscanos tenían entre los jicaques, muriendo poco después.⁴⁶

Los franciscanos seguían misionando en 1730 a payas, pacayas y jicaques. *La Gaceta* mensual de Guatemala, en su número de febrero de 1730, afirma que en dichas provincias "apostólicamente empleados viven muchos religiosos al arbitrio de sus bárbaros habitantes".⁴⁷ Los franciscanos no habían abandonado sus misiones en la Taguzgalpa, aunque el ritmo seguido es parecido al siglo anterior: escasas y esporádicas entradas y continuos avances y retrocesos. En la segunda mitad del siglo se levantan voces que afirman que se hace imposible la reducción de jicaques y payas mientras los ingleses sigan en sus asentamientos del río Tinto, pues los indígenas son sus aliados y aquéllos impiden su conversión mirando su propia utilidad. Así se expresa en 1767 el presidente de la Audiencia de Guatemala, don Pedro de Salazar, al hacerse eco de una carta del obispo de Comayagua en la que afirma que el establecimiento de los ingleses para la evangelización de los indígenas payas es perniciosísimo.⁴⁸ La misma queja aparece en el informe del Guardián del Colegio de Propaganda Fide de 1787, quien afirma que para llevar a efecto las reducciones era necesaria la conquista de zambos y mosquitos.⁴⁹

A principios del siglo XIX, el franciscano fray José Antonio Liendo y Goicoechea, sin duda uno de los personajes de mayor prestigio y sabiduría de la época española en el Reino

estado en que se hallan las reducciones de indios infieles...."

⁴⁶ García Peláez, *Memorias para la historia del antiguo Reino*, III: 32-34.

⁴⁷ García Peláez, *Memorias para la historia del antiguo Reino*, II: 127 y III: 58.

⁴⁸ García Peláez, *Memorias para la historia del antiguo Reino*, III: 61.

⁴⁹ *Colección de documentos para la historia de Costa Rica*, X: 214-227.

a
le
n
os
on
os

los
on
jan
jan
37
; en
las
blos
o fue
mpo
aron
s de
zonas
ario,
aban
entre
genas

ostan-
levido
s con-
384 los
lugares
reduci-
l actual
pueblos
tizados

arcía, *Los*
dera de la
Razón del

de Guatemala (que colocó a la Universidad de San Carlos a la altura de las mejores de Europa) hizo una entrada a los payas de Olancho y predicó en la región de Agalta, organizando las reducciones de Pacura y San Esteban. Se conserva un interesante informe de su compañero Norberto Morán, describiendo sus costumbres. Goicoechea señala el hecho de que los indígenas se bautizaban no por convencimiento, sino para obtener vestidos nuevos y otros útiles, ya que de hecho vivían metidos en sus costumbres.⁵⁰

Los franciscanos recoletos hacen su entrada en la región allá por 1747. Penetran en la región del partido de Yoro en donde vivían diseminados unos seis mil jicaques hasta las márgenes del río Ulúa. Son los recoletos Alcántara y Ramiro que acuden a instancias del gobernador y obispo de Honduras. En esta región había estado misionando durante doce años, desde 1688 a 1700, el presbítero don José Fernández, quien fundó en el interior de las montañas los pueblos de San José de Guaima y Nuestra Señora de la Candelaria. Se trata de un caso esporádico pero muy meritorio, pues el clérigo trabajó con fruto en las reducciones y dejó un buen recuerdo entre los indígenas jicaques, a quienes redujo en el interior de sus montañas.⁵¹

Los recoletos Alcántara y Ramiro, acompañados por algunos soldados, sacaron a la fuerza algunos jicaques de las montañas y fundaron tres reducciones, que pronto desaparecieron a causa de una peste de viruela y la huida de los nativos. El obispo de Comayagua —Rodríguez de Rivas— se opuso a la utilización de métodos violentos en la reducción de los naturales y prohibió a los recoletos que entraran con escolta de soldados a recoger a los indígenas que habían abandonado las reducciones. Los franciscanos Junco, Delgado, Olavarrieta y Chamorro penetran, por esta época, solos en las montañas de

⁵⁰ Alvarado García, *Los forjadores de la Honduras colonial*, pp. 43-45; y García Peláez, *Memorias para la historia del antiguo Reino*, III: 164.

⁵¹ Alvarado García, *Los forjadores de la Honduras colonial*, pág. 42; y "Documentos relativos a la conversión de los indios jicaques (años 1798 y 1799)", en Serrano y Sanz, *Relaciones históricas*, pp. 387-414.

Yoro y con los indígenas recogidos fundan las reducciones del Carmen y Liquigüe, que no tardaron en correr idéntica suerte que las anteriores.⁵²

Los misioneros apostólicos persisten en sus esfuerzos y, a finales del siglo XVIII, tienen convento fundado en la misión de Luquigüe, en el partido de Yoro, con una extensión de 32 leguas del Mar del Norte al sur, y de 20 leguas de este a oeste, dentro de los límites de los ríos Cuero y Ulúa, en las montañas de Leán y Mulía. En 1797 había dos religiosos, que cobraban un sínodo de 664 pesos, atendiendo a 265 jicaques reducidos y con “una iglesia y pueblo de lo más aseado de la provincia”.⁵³

Sin embargo, a pesar de la reducción de Luquigüe, los recoletos tienen poco éxito con los jicaques, pues éstos no acuden a la reducción y, lo que es peor, habían llegado a temer y odiar a los misioneros. La causa radicaba en los métodos empleados por los misioneros de entrar a sacarlos con soldados y reducirlos por la fuerza. El gobernador intendente de Honduras, Anguiano, mantuvo una dura polémica con los religiosos. Anguiano se oponía a los religiosos, quienes seguían la práctica de sacarlos de sus montañas para poder evangelizarlos, propugnando la evangelización de los indígenas en los lugares donde habitualmente vivían. Acusaba a los recoletos de haber aterrorizado a los jicaques y haberlos apartado de una posible evangelización. Los religiosos, “con el terror que habían infundido en tiempos pasados las escoltas, eran odiados de los infieles que decían: *no está bueno[,] padre color de garrapata*”, aludiendo al sayo ceniciento que llevaban. Anguiano dice que, con tales métodos, se estaba desplomando una tierra productiva, dejando el campo libre a las penetraciones de los ingleses, zambos y mosquitos. Unos años antes, en 1787, el guardián del Colegio de Propaganda Fide pedía que para reducir a los indígenas se organizaran

⁵² *Colección de documentos para la historia de Costa Rica*, X: 214-227; y García Peláez, *Memorias para la historia del antiguo Reino*, III: 42.

⁵³ AGI, Guatemala 501, “Visita general de la provincia de Honduras en el Reyno de Guatemala por su Gobernador Intendente don Ramón de Anguiano” (1804); y *Colección de documentos para la historia de Costa Rica*, X: 258-265.

entradas de religiosos y soldados.⁵⁴ Anguiano propuso, en 1798, un plan de reducción que consistía en la fundación de tres pueblos con sus iglesias, atendidas por tres clérigos y asentando en ellos quince familias de ladinos pobres de las que ya comerciaban con los indígenas de montaña adentro. Pero este plan acabó, como tantos otros, en los despachos de los funcionarios.⁵⁵

El resultado final de las misiones de los franciscanos en la Taguzgalpa es bastante desalentador: la mayoría de los payas, jicaques y otros grupos indígenas seguían sin ser reducidos. Cuando, en 1821, Honduras se independizó de España, la extensa región de la Taguzgalpa seguía fuera del dominio efectivo de España.

ENTRADAS Y REDUCCIONES EN LA TOLOGALPA

Fray Toribio de Benavente anduvo evangelizando en Nicaragua sobre el año 1529. Tenemos noticias de que en 1532 había conventos en León y Granada, aunque no llegaron a consolidarse. En 1550, otro célebre franciscano, fray Alonso de Betazos, hace su aparición en Nicaragua tratando de consolidar fundaciones, pero no fue sino hasta 1557, fecha en que llegó fray Pedro Ortiz con 30 franciscanos, cuando se asienta la orden en Nicaragua y se erige la provincia de San Jorge de Nicaragua.

Ya en 1586 son doce los conventos y 25 los frailes en los obispados de Honduras y Nicaragua. A lo largo del siglo XVII aumentan los conventos y el número de frailes y, a principios de siglo, los conventos eran 14 y 148 los frailes. Durante el siglo XVIII se mantienen los mismos números, aunque en la segunda mitad del siglo las doctrinas pertenecientes a los franciscanos eran seis, cuando en épocas anteriores al menos habían tenido

⁵⁴ AGI, Guatemala 501, "Visita general de la provincia de Honduras" (1804); *Colección de documentos para la historia de Costa Rica*, X: 214-227; y García Peláez, *Memorias para la historia del antiguo Reino*, III: 56.

⁵⁵ "Visita general de la provincia de Honduras" (1804).

trece. Los conventos principales eran los de Granada, León, El Viejo, Rivas y El Realejo.⁵⁶

A diferencia de los franciscanos de la provincia de Guatemala, que habían dado comienzo a las reducciones en la Taguzgalpa a comienzos del siglo XVII, los franciscanos de la provincia de San Jorge no iniciaron las reducciones en la Tologalpa sino en el último tercio del siglo XVIII, aunque quizás hubiera podido existir algún contacto esporádico por parte de las doctrinas fronterizas.

LA REGION SUR DE LA TOLOGALPA. La región se extendía desde el río Segovia hasta el río San Juan y era fronteriza con el Corregimiento de Matagalpa y Chontales (Sébaco) y, a partir de 1768, al crearse la Intendencia de León, confinaba con la subdelegación de Nueva Segovia del partido de León y con el partido de Matagalpa y Chontales. En su interior, vivían dispersos grupos de indígenas que ocupaban las tierras selváticas hacia la costa del Atlántico. La ciudad de Nueva Segovia se convierte en el centro principal de entradas que fundamentalmente se hacen en regiones fronterizas de la Taguzgalpa. La zona de Sébaco y Chontales, al norte del gran lago de Nicaragua, estuvo más desatendida.

El iniciador de las reducciones en la Tologalpa fue el franciscano fray Pedro Lagares, natural de Santiago de Compostela, quien llegó a Nueva Segovia, procedente del Convento de Guatemala, en 1675. En 1674 hubo discordias entre los de la

⁵⁶ Véanse los siguientes: Alonso Ponce, *Relación breve y verdadera de algunas de las cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España*, 2 tomos (Madrid: Imprenta de la Viuda de Calero, Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España), I: 344-351; Jorge Eduardo Arellano, *Historia de la Universidad de León, época colonial* (León: Editorial Universitaria, 1973), pp. 33-34; Arturo Aguilar, *Reseña histórica de la diócesis de Nicaragua* (León: Tipografía Hospicio San Juan de Dios, 1927), pp. 77-79; Juarros, *Compendio*, pp. 317-318; AGI, Guatemala 950, "Visita apostólica, topográfica, histórica y estadística de todos los pueblos de Nicaragua y Costa Rica, hecha por el ilustrísimo señor don Pedro Agustín Morel de Santa Cruz, obispo de la diócesis en 1751 y elevada al conocimiento de su majestad católica Fernando VI el 8 de septiembre de 1752"; Félix Saíz Díez, "Los colegios de la Propaganda Fide en Hispanoamérica", *Missionalia Hispanica* 26 (1969): 7; y Vázquez, *Crónica*, I: 31 y 238-242.

pasión Pantasma y los parakas, que vivían cercanos al río Segovia. Con este motivo, entraron en trato con los jicaques, los cuales les enteraron de las reducciones que había comenzado el padre Espino en la Taguzgalpa en 1667. Acompañados por algunos jicaques se acercaron a la ciudad de Guatemala en donde entraron en contacto con el padre Espino, a quien pidieron religiosos para su conversión y reducción. Marchó con ellos el padre Lagares, quien en agosto de 1675 fundó un convento-hospicio en Nueva Segovia para atender a los religiosos que iban a misionar en la Tologalpa.

Muy pronto dio comienzo el padre Lagares a la obra de las reducciones y en 1678 había fundado los pueblos de San José Paraka y San Francisco Nanaica, muy cerca de la primitiva Nueva Segovia o Ciudad Vieja. Los indígenas comenzaron a llegar voluntariamente, se levantaron iglesias y se nombraron cabildos. Cuando la reducción de Pantasma ya se estaba consolidando, falleció Lagares en Nueva Segovia en junio de 1679, a los 35 años de edad, dejando un gran recuerdo entre los indígenas.⁵⁷

En 1679 fueron enviados otros tres franciscanos que aumentaron las reducciones. Los indígenas seguían llegando; en 1683 ya se habían bautizado 300 y seguían las reducciones en el valle de Culcali.⁵⁸ Ya por 1744 llegan a Nueva Segovia los franciscanos recoletos del Colegio de Propaganda Fide para hacerse cargo de las reducciones de la zona. Los recoletos Aguila y Cáceres, partiendo de Nueva Segovia, se adentran en la Tologalpa y conectan con las tribus situadas entre los ríos Olomán, Tonay y Ocasco. A orillas del Olomán logra reunir Cáceres a unos 300, a los que proveyó de vestidos, animales y herramientas, pero pronto los indígenas lo abandonaron. Lo intentó de nuevo con algunos que logró recoger, pero con el mismo resultado. El franciscano Aguila atendía a la reducción de Yasica, que luego fue trasladada a Abay, cerca de la

⁵⁷ Véanse: Aguilar, *Reseña histórica de la diócesis de Nicaragua*, pág. 121; "Razón del estado en que se hallan las reducciones..."; y Vázquez, *Crónica*, IV: 202-218.

⁵⁸ "Razón del estado en que se hallan las reducciones..."; y Vázquez, *Crónica*, IV: 206.

hacienda de San Ramón. Se le unieron los recoletos Cáceres y Zepeda, logrando un aumento en la reducción. Entonces los saraguascas acuden al padre Cáceres solicitando ser reducidos en sus montañas, pero el franciscano desiste, pues lo consideraba imposible sin acompañamiento de españoles.⁵⁹

Sobre esta época, el gobernador de Nicaragua, Heredia, realizó tres entradas a los indígenas con 200 hombres, pero sólo logró sacar 30 indígenas que llevó a Granada. Los franciscanos protestaron, pues lo realizado iba en contra de las reales cédulas, tanto el reducirlos a servidumbre como dejarlos fuera de los pueblos reducidos por los frailes. Las consecuencias no se hicieron esperar. El padre Cáceres entró solo en la montaña y logró juntar 200 indígenas con los que repobló el pueblo de Boaco en los Chontales. Avisados los indígenas del interior de la redada que había hecho el gobernador Heredia, se unieron a los mosquitos y, una noche, entran en Boaco, matando a balazos al recoleto Cáceres y a otros trece indígenas.⁶⁰

Para esta época contamos con el excelente informe, fechado en 1752, del obispo de Nicaragua, Morel de Santa Cruz, quien había llevado a cabo una exhaustiva visita pastoral en su diócesis. Nos dice que en el convento-hospicio que tenían los religiosos observantes del Colegio de Propaganda Fide en Nueva Segovia, había dos frailes encargados de la reducción y conquista de los indígenas caribes de las montañas, pero que sus buenos deseos no podían ser realidad "por lo impracticable de la empresa", por lo que se mantenían ayudando al cura de la ciudad o de los pueblos comarcanos. En el vecino pueblo del Jícaro había una compañía, llamada "de la conquista", que "sale de tarde en tarde al registro de las montañas, entonces va uno [de los dos frailes] y en las cercanías dice misa a la gente que acude, les da el buen viaje y se retira. No hay memoria de cuándo fue la última reducción del pueblo, ni aun siquiera un indio convertido por este medio". Penetrar en la montaña era, en efecto, algo terrible por el calor, la espesura y malezas que no dejaban ver el sol. Los caribes, como

⁵⁹ García Peláez, *Memorias para la historia del antiguo Reino*, III: 40-42.

⁶⁰ García Peláez, *Memorias para la historia del antiguo Reino*, III: 42.

prácticos, se escapaban y penetraban por dondequiera y “si alguno o algunas caen en el lazo y se bautizan, cuando menos se piensa se huyen y son los peores enemigos ... en fin, sobre trabajos es inútil”. Los dos religiosos estaban desanimados y deseaban abandonar el lugar.

Morel de Santa Cruz opina que “la conquista no conviene en esta montaña, porque los caribes se inquietan con ella”. Como represalia, entran en los pueblos cercanos, los saquean y se llevan a la población como esclava. “Parece que no estamos en términos de ofender, sino de defendernos.... Sería mucho mejor prohibir las entradas y no hostigarlos, pues si no se sienten acosados permanecen tranquilos”.

Es de gran importancia el pensamiento del obispo, pues tenía perfecta conciencia de la realidad sociopolítica de la Tologalpa, tierra imposible de conquistar ya que el gobierno de Nicaragua no disponía de los medios; aún más, los mosquitos y los zambos de la zona poseían mucha fuerza y sus represalias eran nefastas para los pueblos limítrofes. Por eso, lo mejor es dejarlos tranquilos. A partir del último tercio del siglo XVII y durante el XVIII, los pueblos cercanos a la Tologalpa sufrieron incursiones, muchas veces sangrientas. La primitiva Nueva Segovia tuvo que ser abandonada al no poderse defender de las incursiones de los caribes y la segunda Nueva Segovia tuvo que soportar dos invasiones en 1665 y 1680, por lo que la ciudad decayó. Lo mismo sucedió con Lovigüisca, Lóvago, Limón, Boaco y Muymuy.⁶¹

A pesar de todo, continuaron los frailes, de vez en cuando, haciendo intentos de reducciones. Por el año de 1750, el recoleto padre Vidaurre, percatándose de que las reducciones se hacían imposibles sin pacificar a los mosquitos, tuvo contactos con ellos para su reducción, pero no consiguió nada. Sobre 1760, el padre Zarría hizo una entrada y sacó unos indígenas fundando la reducción de Aguasca, mientras el padre Zepeda fundaba la de Lovigüisca, en cuyas reducciones lograron introducir ganados, siembras y confección de tejidos.

⁶¹ AGI, Guatemala 950, “Visita apostólica, topográfica, histórica y estadística de todos los pueblos de Nicaragua y Costa Rica, hecha por el ilustrísimo señor don Pedro Agustín Morel de Santa Cruz”.

Pero en 1762 entraron en Lovigüisca 120 mosquitos al mando de cuatro ingleses, que quemaron la iglesia y se llevaron diez indígenas. El gobernador Vidal recogió a los prófugos y se los llevó a poblar el interior, en Cuistepec, cerca de Masaya. En 1765, el padre Zarría y un donado franciscano fueron arrastrados y ahorcados por indígenas mosquitos. Las reducciones acabaron suspendiéndose por no ser viables en circunstancias tan adversas.⁶²

Las reducciones no podían prosperar y, de hecho, los frutos se hacían imposibles. Sacar a los indígenas de sus montañas para reducirlos en poblados que pudieran ser controlados por los religiosos era muy difícil, bien porque los nativos eran inconstantes y huían, bien porque se sentían amenazados por los mosquitos cercanos a la costa, los que, a su vez, eran azuzados por los ingleses —quienes de ninguna manera deseaban que los misioneros pacificaran a los indígenas, lo que hubiera supuesto el dominio de España en la región. Que las reducciones se hicieran en el interior era más un sueño que una remota posibilidad. Los franciscanos se mantuvieron en la zona para atender las escasas reducciones que lograban subsistir, entrar de vez en cuando en las montañas y sacar algunos indígenas para bautizarlos y poco más.

En 1781 se constituyó una compañía de milicias en El Jícaro —partido de Nueva Segovia— para apoyar la labor de los recoletos y parece ser que se lograron algunas conversiones de indígenas del interior. Antes, en 1780, el Capitán General de Guatemala, Gálvez, había solicitado al Colegio de Propaganda Fide misioneros para introducirse en Oloma Real. Tenemos noticias de que en 1787 todavía persistían las reducciones de San Antonio Abay y Nuestra Señora de Africa.⁶³ En 1786, Villegas, obispo de Nicaragua, es instado por el rey de España a proseguir las reducciones en la zona valiéndose de los franciscanos del Colegio de Propaganda Fide. En 1787 inició una

⁶² García Peláez, *Memorias para la historia del antiguo Reino*, III: 48, 60 y 65.

⁶³ Véanse: *Colección de documentos para la historia de Costa Rica*, X: 214-227; y García Peláez, *Memorias para la historia del antiguo Reino*, III: 80-81.

visita a toda la región fronteriza de la Tologalpa, pero no se consiguieron nuevas reducciones.⁶⁴

Desde 1675, año en que se iniciaron las primeras reducciones, hasta 1821, en que Nicaragua declaró su independencia, no hubo grandes avances en la pacificación y conquista de la Tologalpa. Declarada la independencia, la naciente república todavía tuvo que esperar a 1894 en que el presidente José Santos Zelaya ocupara militarmente Bluefields e incorporara todo el territorio.

LOS SUCESOS CON LOS MOSQUITOS Y ZAMBOS. Ambos grupos ocupaban tanto la costa norte de la Mosquitia como parte del interior y conformaban un grupo de características raciales y sociopolíticas distintas del resto. Sus privilegiadas relaciones con los ingleses y su sentido de la independencia, fomentado por Inglaterra —que de alguna manera ejercía cierta autoridad sobre ellos— hacía que la política seguida por las autoridades españolas cambiara en bastantes aspectos. Poseían una conciencia cultural y política peculiar que los diferenciaba de los otros grupos indígenas, incluso en sus relaciones con España.

En 1711, bajo la iniciativa del obispo Garret y Arloví y costeada por el clero y particulares de Granada, salió una expedición compuesta por una galeota y dos piraguas armadas con 125 hombres para expulsar a los zambos que se habían adueñado de Punta Gorda, no lejos de la desembocadura del río San Juan. El obispo preparó una gran expedición en 1714 para de una vez conquistar a zambos y mosquitos, pero que no se llevó a efecto por las protestas del gobernador Arancibia quien, a su vez, presentó otro plan. El gobernador, en su informe, ofrece interesantes datos tanto sobre los zambos como de los mosquitos y describe los ríos por donde penetraba para incursionar sobre Nicaragua.⁶⁵

En 1737, el gobernador Rivera Villadón escribió un informe sobre la situación de los zambos, quienes ya habían

⁶⁴ Salvatierra, *Contribución a la historia de Centroamérica*, I: 501-503.

⁶⁵ Salvatierra, *Contribución a la historia de Centroamérica*, I: 413-421.

formado 24 rancherías a lo largo del litoral de Nicaragua y Honduras; poseían artillería para su defensa, daban entrada a cualquier prófugo español, francés o inglés y recibían a esclavos prófugos.⁶⁶

Hacia 1780, el obispo de Nicaragua Lorenzo de Tristán costeó personalmente una expedición a la costa de la Mosquitia y logró que bastantes mosquitos y zambos se bautizaran, entre ellos el mismo cacique mosquito, capitán Yarice, quien accedió a establecerse en el pueblo de Boaco con su familia. Acusado Yarice de contrabando con los ingleses acabó muriendo en la cárcel de Guatemala en 1780. Esta acción provocó una fuerte represalia por parte de los mosquitos, quienes saquearon Lovigüisca y Juigalpa. La acción misionera del obispo tuvo muy pocos efectos, a pesar de haber dejado un franciscano recoleto en la costa para evangelización de mosquitos y zambos, ya que, como demostró el tiempo, las conversiones de estos grupos eran interesadas. Los nativos mantenían una política de buenas relaciones con los ingleses y también con los españoles cuando les convenía y el bautismo les podía reportar resultados positivos. Así, no es de extrañar que el rey zambo Jorge se acercara en 1778 al cabo de Gracias a Dios, en donde había un estancamiento militar español. Fueron bien recibidos y agasajados por los españoles; se les dió regalos y el jefe del destacamento, Pedro Brizzio, condecoró al rey Jorge con una medalla de Carlos IV, a quien el rey zambo no tuvo inconveniente alguno en jurar fidelidad.⁶⁷

Hay un episodio, mezcla de tragedia y comedia, que ilustra perfectamente el contexto sociopolítico en que se desenvolvían las relaciones de los mosquitos y zambos con los españoles y nos muestra el modo de pensar y actuar de esos pueblos. En 1782, los mosquitos asaltaron el poblado de Juigalpa en los Chontales y se llevaron varios cautivos, entre los que se encontraba la niña de 10 años Manuela Rodríguez, de

⁶⁶ Salvatierra, *Contribución a la historia de Centroamérica*, I: 424-427.

⁶⁷ Aguilar, *Reseña histórica de la diócesis de Nicaragua*, pág. 162; y Salvatierra, *Contribución a la historia de Centroamérica*, I: 489-501 y 504-505.

raza blanca. Manuela se convirtió en una buena catequista, que intenta convertir al cristianismo al rey de los mosquitos, llamado Briton, quien acaba bautizándose con su familia. El rey mosquito se enamora de Manuela y la solicita en matrimonio, a lo que ésta se niega. Pasan varios años hasta que en 1787 los ingleses abandonan los asentamientos de la costa y dejan solos a mosquitos y zambos. Este acto provocó en ellos asombro y respeto por el rey de España, de tal manera que, en ese mismo año, Briton, el rey de los mosquitos y el rey Jorge de los zambos, viajan a Cartagena de Indias para ofrecer vasallaje al virrey. Son recibidos con todos los honores y Briton recibe las solemnidades del bautismo de manos del obispo-*virrey* de Cartagena y se le impone el nombre de Carlos Antonio de Castilla. El rey zambo rehusó el bautismo.

En 1788, Briton dispuso devolver los prisioneros capturados en Juigalpa desde 1782 (entre los que se encontraba Manuela, ya de 17 años), a los que hizo acompañar de un grupo de sirvientes y embajadores suyos. Es en esta embajada donde Briton pide el envío de misioneros, al mismo tiempo que solicita oficialmente la mano de Manuela y promete, a cambio, el sometimiento al rey de España y la conversión de los mosquitos al cristianismo. La respuesta inmediata fue el envío a los mosquitos del franciscano recoleto Berrueta, acompañado del capitán español don Luis Tiffer, quienes fueron muy bien recibidos por Briton. A continuación comienza el misionero su obra evangelizadora. Sus cartas son de gran interés, pues ofrecen datos de la vida y costumbres de mosquitos y zambos. En un principio, el franciscano muestra su satisfacción por la buena voluntad que veía en los mosquitos de ser católicos y ofrecer el vasallaje al rey de España.

A finales de 1788, Briton llega a Granada y León, donde a su vez es recibido con todos los honores. Insiste en su matrimonio con Manuela, al cual ésta sigue resistiéndose. Al final, presionada por el obispo y por las cartas de Berrueta, accede al matrimonio "atendiendo al bien público de la reducción de aquel país". Briton dejó en Granada a un hijo y una hija suya para su educación. El matrimonio tuvo lugar el 21 de diciembre.

A principios de 1789, Briton volvió a la Mosquitia, acom-

pañado del recoleto P. Navarro y del franciscano Joseph Gil para que ayudaran a Berrueta en las conversiones. Ya a comienzos de ese año las cosas no andaban muy bien para Berrueta, pues los mosquitos se negaban a ofrecerle bastimentos para su sustento y los hombres se negaban tajantemente a ser bautizados, alegando que el rezar era malo para los mosquitos. Cuando Briton llegó a su residencia de Turpabi, se encontró con el rechazo del rey Jorge de los zambos, quien acusaba a Briton de que los españoles se iban a introducir en sus tierras y las de los jefes mosquitos que se negaron a aceptar las propuestas de vasallaje y conversión que había hecho Briton.

En 1790 la situación llegó a empeorar, de tal manera que los tres franciscanos decidieron abandonar la Mosquitia. No lo pudo hacer el padre Berrueta, alegando que Briton ya conocía demasiadas cosas del país y las podía contar en Guatemala. Al mismo tiempo, la situación comenzó a hacerse insoportable para Manuela, pues se sentía abandonada y traicionada por su marido. Briton escribió a Nicaragua solicitando tropas al gobernador para mantener su autoridad sobre los mosquitos. Llegaron las tropas pero por poco tiempo, pues Berrueta y Manuela abandonaron secretamente el país y regresaron a Nicaragua. Las reducciones desaparecieron y los mosquitos y zambos continuaron independientes de España.⁶⁸

CONCLUSIONES

Las reducciones en la Tologalpa y Taguzgalpa fracasaron en líneas generales. En 1821, en el momento de la Independencia centroamericana, la mayoría absoluta de los grupos indígenas de la zona seguían sin haber sido reducidos a poblados, independientes del poder político de España y sin catequizar. Solamente pequeños grupos de indígenas de las zonas fronterizas de la Taguzgalpa y Tologalpa se asentaban en contadas reducciones que llevaban una vida muy precaria.

⁶⁸ Véanse: García Peláez, *Memorias para la historia del antiguo Reino*, III: 113-135; Ofsman Quintana Orozco, *Apuntes de historia de Nicaragua* (Managua: Editorial Mundial, 1968), pp. 68-71; y Salvatierra, *Contribución a la historia de Centroamérica*, I: 489-519.

Varias fueron las causas que ocasionaron esta situación, que durante los mismos años y por parecidas razones, se repitió en la cercana Talamanca, en la costa atlántica de Costa Rica. La escasez de medios materiales y humanos por parte de los franciscanos era notoria. Fueron muy pocos los franciscanos que se ofrecieron para realizar estas entradas, pues la casi totalidad permanecían atendiendo a pueblos ya conquistados y cristianizados del siglo XVI. Leyendo las crónicas y documentos de la época se tiene la impresión de que acudir a una reducción de este tipo era un acto más bien heroico y que tropezaba con dificultades, incluso internas de la orden monástica.

El problema daba la impresión de que debería haber quedado resuelto con los misioneros franciscanos que salían del Colegio de Cristo Crucificado de Propaganda Fide de Guatemala. Empero, si bien dieron un cierto impulso a la obra evangelizadora, los frutos fueron escasos y no lograron dar un cambio significativo a la situación. Cualquiera de las dos soluciones que se ofrecían a los religiosos acarrearía serios inconvenientes, aunque la primera solución era la más aceptada por los franciscanos. Sacar a los indígenas de sus lugares y medios de vida, para reducirlos en sitios alejados y cercanos a las poblaciones de españoles y ladinos, siempre era un fracaso, pues los indígenas no tardaban en escaparse a sus montañas, ya que eran reacios a cualquier trato —especialmente con españoles— que hubiera supuesto alguna sumisión. Por otro lado, reducir a los indígenas en el interior de sus tierras y montañas, lejos de toda influencia española, era prácticamente imposible ya que una de las condiciones para su conversión era la aceptación de vivir en poblados en policía cristiana, lo que se convertía en poco viable, metidos como estaban hasta entonces, en el propio ambiente de costumbres y tradiciones. Se trataba de grupos indígenas de vida seminómada que culturalmente tenían gran aversión a ser reducidos a una vida sedentaria. La reducción sólo podía tener éxito en centros sedentarios. Es un fenómeno que se repite en bastantes lugares de América.

La presencia inglesa en la costa de la Mosquitia mediatizó totalmente la postura de los indígenas hacia España y los mi-

sioneros. A Inglaterra le interesaba el control de dichas costas e hizo lo posible por mantener a los indígenas enfrentados a los españoles. Los mosquitos, zambos y otros grupos preferían por mucho la independencia que les ofrecían los ingleses en su vida y costumbres en vez de la sumisión a los españoles que ocasionaban las reducciones. El gran contrabando existente les reportaba ciertas utilidades económicas y se beneficiaban del comercio con los ingleses y españoles.

Las habituales luchas intestinas y enfrentamientos entre las diferentes tribus originaron serias dificultades en algunas reducciones, al poder convivir en lugares próximos grupos enfrentados. El tratar de reducir la periferia de dichas regiones, mientras el grueso permanecía inalterado, provocaba, a corto plazo, que la parte más fuerte y poderosa del interior acabara impidiendo cualquier éxito duradero. De ahí ese continuo rosario —que se repite constantemente— de reducciones que nacen y desaparecen de indígenas que vienen y se van.

Destacan algunos franciscanos por su arrojo y, varios de ellos (seis en concreto), pagaron con su sangre su actividad misionera. Sin embargo, estas muertes violentas tenían a medio plazo un resultado negativo, pues desanimaban a los más dispuestos y condicionaban los permisos por parte de los superiores. Por otro lado, en general, el apoyo material y humano que deberían haber aportado las autoridades españolas, fue muy escaso y deficiente. No eran fáciles de obtener permisos para abrir nuevas reducciones y el Reino de Guatemala contaba con muy pocos medios económicos. Era difícil conseguir soldados que acompañaran a los misioneros, incluso en las contadas ocasiones que se solicitaron. Las reducciones necesitaban, al menos en sus inicios, apoyos materiales considerables y éstos eran muy difíciles de conseguir.

La Taguzgalpa y la Tologalpa no eran regiones apetecibles para los pobladores españoles. El clima era de una dureza extraordinaria y muy mortífero; no había riquezas que los atrajeran y la población era poca, dispersa y casi imposible de sujetar. En estas condiciones, la conquista y población no eran factibles. En realidad, la corona española dejó abandonados esos territorios y su deseo, más bien tímido, de que fueran los frailes quienes los redujeran, parece más bien la justificación de

un buen deseo que una opción seria y concreta de conquistar la región. Es a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, cuando la amenaza inglesa de asentarse definitivamente en la costa de la Mosquitia se convierte en realidad, al momento en que las autoridades españolas buscan una solución, primero militar —como la llevada a cabo por el capitán general Gálvez, quien en 1782 logró la expulsión momentánea de los ingleses de la costa— y luego política —buscando pactos con Inglaterra e incluso con los reyes mosquitos y zambos, sin mayores resultados.

Siendo realistas, solamente una solución de conquista por la fuerza, tal como sucedió en 1697 en la región de los itzáes y circundantes en la región del Petén guatemalteco, hubiera permitido el nacimiento de las reducciones. Pero esta solución no se pudo dar en la Mosquitia, así como tampoco en la Talamanca costarricense.